

señor don Tadeo; haga creer á su hija que tiene sobre su voluntad un poder que Dios no le concede; compre seductores á su antojo; válgase de medios reprobados, y haga las infamias que pueda, que algún día, algún día se ha de acordar de mí en los infiernos, cuando, sorprendido por la muerte, conozca la fuerza de estas verdades y maldiga en los abismos el poder de su maldito dinero.

No, no será usted el primer padre que gemirá en aquellos oscuros calabozos. ¡Cuántos están allá por la misma causa! Muchos, don Tadeo, muchos han ido á los infiernos por violentar el albedrío de sus hijas. Las han hecho ser monjas por reservar el dinero, el mismo dinero que no aprovecharon sus hijas, pero lo tiraron sus sobrinos en juegos, bureos y diversiones.

En fin, señor don Tadeo; usted dispense si me he excedido en favor de la infelice Carlota, de quien presumo ó sé con evidencia que va á profesar contra su voluntad, y deme por excusado del convite.

Todos dijeron lo mismo, y don Tadeo se salió avergonzado; pero no arrepentido de su maldito proceder. Luego que llegó á su casa se le olvidó la seria reprehensión del coronel, y se entretuvo en disponer las cosas para el siguiente día. Es mucho el poder de la avaricia.

Toda aquella mañana la ocupó en sus particulares

negocios, y á la tarde... pero hagamos una visita en su convento á la desventurada Carlota. Hasta las tres no tuvo lugar Irene de darle la carta de Labín. Abrióla muy sobresaltada, y apenas vió la de su querido Welster y reconoció la letra, cuando se enterneció su corazón sensible y las lágrimas salieron á sus ojos. Besó el papel innumerables veces, lo humedeció con su copioso llanto, lo apretó contra su pecho, y su mano trémula iba á romper la cubierta cuando la llamó la abadesa para que leyera un libro devoto, y mandó á Irene que hiciera chocolate.

En ese mismo tiempo llegó Welster á México y se dirigió con su equipaje al mesón que llaman de la Herradura, no habiendo ido desde luego á la casa de Labín, por excusar que lo incomodaran los mozos y las caballerías.

No bien anocheció, cuando tomó la capa y se fué para la casa de Carlota, deseoso de informarse por sí mismo de su salud y de su proceder. Se paró con disimulo en la puerta del zaguán para observar lo que pudiera. Pero ¡cuál fué su asombro cuando advirtió el alboroto que había!

Entraban y salían muy alegres los mozos de servicio metiendo cajones de dulces y bizcochos, fuentes, vasos, mesas, ramos de flores y otras cosas. No pudo contenerse, y acercándose al portero, poniéndole en la mano un peso para tabaco, le dijo:

— Amigo, usted dispense; dígame usted, ¿quién vive en esta casa, y por qué causa hay ahora tanta bulla? ¿Estos preparativos son para alguna boda? porque á lo menos así me lo parece. — Señor, dijo el portero, aquí vive mi amo, el señor don Tadeo González de la Mora, y la bulla que usted ve es porque se está disponiendo el refresco para mañana que profesa de monja su niña, la señorita doña Carlota, en el convento de... — ¿Quién, amigo, quién dice usted que profesa? preguntó Welster con mucha precipitación. Y el portero le decía con igual flema: — ¿Ya no dije, señor, que la niña Carlotita? — ¿La hermana de doña Adelaida? — Sí, señor. — ¿Aquella joven muy hermosa que tiene un lunar debajo de la barba? — Sí, señor, esa, esa mismísima es la que va á profesar. — ¡Hombre, usted se engaña! ¡Si eso no puede ser! ¡sobre que esa niña está para casarse! — Eso yo no sé; pero vaya usted mañana al convento y allí saldrá de la duda, y usted perdone que no le dé más contesta, porque me está gritando el amo.

Con esto se despidió el portero, y Welster se fué para el mesón, lleno de las ideas más tristes y no queriendo creer lo que pasaba.

No pudo conciliar el sueño en esa noche, y así luego que vió la luz del día se vistió y comenzó á pasearse por su cuarto, deseando que llegara la hora de ir á la iglesia para ver por sus ojos lo que le había dicho el

portero, y haciendo contra la inocente Carlota los más injustos discursos.

Llegó por fin la hora funesta, tomó una taza de café, y entrándose en el templo vió é hizo lo que sabrá el lector, si quiere leer el capítulo que sigue.

